



ARK-CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s25251090/qkhuinacu>

EL INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN SOCIAL EN SU CENTENARIO.

La perspectiva de un antiguo director

The Institute for Social Research on its 100th anniversary. A former director's perspective
Das Institut für Sozialforschung zu seinem 100-jährigen Bestehen. Die Perspektive eines ehemaligen Direktors

Axel Honneth

Department of Philosophy, Columbia University, New York, Estados Unidos de América.
ah2952@columbia.edu

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9753-1128>

Traductor:

*Javier Romero*¹

Universidad de Salamanca, Facultad de Filosofía, Departamento de Historia del Derecho y Filosofía Jurídica, Moral y Política. Salamanca. España.
jromero@usal.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0204-1039>

Axel Honneth es catedrático Jack C. Weinstein de Humanidades en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Columbia en Nueva York. Anteriormente fue profesor de Filosofía Social en la Universidad Goethe de Frankfurt y director del Instituto de Investigación Social (IFS), también situado en la ciudad de Frankfurt. Entre sus principales libros figuran un estudio sobre la función constitutiva del reconocimiento para las luchas y conflictos sociales en el seno de las sociedades modernas (“La lucha por el reconocimiento”), un estudio sobre los fundamentos sociales de la vida democrática (“El derecho a la libertad”), un estudio sobre la idea del socialismo (“La idea del socialismo”) y un estudio sobre la historia intelectual de la noción de “reconocimiento” en el pensamiento europeo moderno (“Reconocimiento”) y de “reificación” (“Reificación”). Su último libro, publicado en Alemania en 2022, trata de la relación entre trabajo y ciudadanía democrática („Der arbeitende Souverän”).

¹ Fuente original: Axel Honneth, *The Institute for Social Research on its 100th birthday. A former director's perspective*. *Constellations*, 30 (4), 372-377. <https://doi.org/10.1111/1467-8675.12726>

Agradecemos la autorización del profesor Axel Honneth para publicar la presente traducción, como así también su intermediación ante la editorial Suhrkamp.

Llega un momento en la vida de cualquier tradición en el que se plantea la cuestión de si merece la pena seguir adelante o si es más aconsejable dejarla atrás para partir hacia nuevas orillas teóricas, y ya sea por el hecho irritante de su centenario o porque se ha llegado a un punto de ebullición en la acumulación de problemas internos, que asumo que la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt también debe exponerse a esta pregunta. Al plantear esta cuestión, no pretendo poner en duda el valor político e intelectual del *Instituto de Investigación Social* de Frankfurt, fundado hace un siglo, ni el valor de instituciones de investigación similares que tienen como objetivo investigar críticamente las crisis sociales y económicas del presente bajo la perspectiva normativa de la emancipación humana y la inclusión democrática. La importancia de tales instituciones es incuestionable porque contribuyen con sus investigaciones a una mejor comprensión de las causas de la situación económico-política imperante, de las alternativas normativas contenidas en ella y, en virtud de esto, de las posibles salidas a las injusticias, patologías y sufrimientos sociales que la crisis general está produciendo de forma creciente. Todas las actividades administradas por organizaciones que tienen como resultado un aumento de estos conocimientos prácticos, y de su clarificación intelectual, tienen derecho por sí mismas y merecen la más firme defensa por parte de cualquier persona interesada en apoyar las luchas de las víctimas contra la exclusión social y el desempoderamiento. Pero lo que hay que preguntarse hoy con urgencia y con toda seriedad es si la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, que guio intelectualmente la investigación en el *Instituto de Investigación Social* durante más de 90 años, sigue siendo el mejor marco teórico para el trabajo empírico y teórico-social que hay que hacer hoy.

Existen algunas razones obvias, pero no muy profundas, para responder negativamente a la pregunta que acabamos de formular. Se podría decir, por ejemplo, que el hecho de que la Escuela de Frankfurt nunca consiguiera superar su división interna en dos campos opuestos, el primero concibiendo el capitalismo como una formación social autorreproductora y altamente integrada, el segundo concibiéndolo como un campo de batalla de fuerzas sociales que luchan por el poder legal y político, ya es un indicio suficiente para mostrar las enormes dificultades a las que hay que

enfrentarse para continuar su tradición. Si la primera división, representada principalmente por Horkheimer y Adorno, enfatizaba casi exclusivamente el éxito del sistema capitalista en la integración de la población mediante la manipulación psíquica, la fabricación de ilusiones sociales y el uso de métodos disciplinarios, y la segunda división, representada por Neumann, Kirchheimer, Fromm y, posiblemente, Benjamin, enfatizaba el lado conflictivo del sistema capitalista centrando su atención en las luchas legales, culturales y políticas, es casi imposible ver cómo integrar estas dos perspectivas en una teoría coherente de la sociedad. El resultado de esta división hoy es, tal y como yo lo veo, una bifurcación en los intentos de reactualizar la Teoría Crítica en un grupo que está haciendo teoría política con un énfasis en los instrumentos legales de emancipación social, y un grupo que está investigando el capitalismo neoliberal con esperanzas revolucionarias y expectativas transformadoras, y tal escisión puede tomarse ya como una indicación de que el intento de continuar esta tradición hoy conduce a un callejón sin salida.

Otro signo de las crecientes dificultades para continuar la tradición de la Escuela de Frankfurt de una manera coherente puede verse en el hecho de que su espíritu filosófico y sus fundamentos se interpretan hoy de diferentes maneras. Tenemos, todos ellos representados aquí en nuestro volumen², una versión de la Teoría Crítica kantiana, una izquierda-hegeliana, una marxiana y una nietzscheano-foucaultiana, ninguna de las cuales es incapaz de encontrar en uno u otro de los escritos de los antiguos representantes de la Escuela algunos recursos para justificar su propia interpretación, y por el momento no está nada claro si estas diferentes versiones de una misma tradición podrán reintegrarse alguna vez en el conjunto coherente de una teoría filosófica que pretenda guiar la investigación sociológica de las sociedades contemporáneas. Probablemente no sería erróneo suponer que tal dispersión de una tradición en varias

² Honneth se refiere aquí al monográfico de la revista *Constellations* (30, 4, pp. 369-485) dedicado a los 100 años del *Instituto de Investigación Social* (IFS) en 2023 y editado por Hubertus Buchstein, Peter E. Gordon, Axel Honneth y Ertug Tombus. Este volumen contó, entre otras, con las aportaciones de Axel Honneth, Peter E. Gordon, Maeve Cooke, Cristina Lafont, Rainer Forst, Alessandro Ferrara, Frank I. Michelman, William E. Scheuerman, Hubertus Buchstein, Samuel Moyn, Christopher F. Zurn y Martin Maar.

variantes opuestas es un signo claro de que ha perdido con el paso del tiempo su autoridad vinculante y su fuerza interpretativa.

Por último, un tercer indicio de la creciente disolución de la tradición de la Escuela de Frankfurt puede verse en la tendencia de sus actuales estudiantes y defensores a reducirse en su labor de apropiación casi exclusivamente a los escritos de Theodor W. Adorno, como si esta Escuela de pensamiento crítico no tuviera más representantes que esta única figura, sin duda sobresaliente. Se tiende a tomar su obra como un todo, se proyecta sobre ella todo lo que parece filosófica y sociológicamente de actualidad, y se olvida en consecuencia a los numerosos otros miembros del grupo a pesar de sus enormes méritos en el ámbito de los estudios jurídicos, de la investigación política o de los estudios culturales -no es de extrañar, por tanto, que Habermas sea raramente mencionado hoy en día, cuando se trata de la reconstrucción de la tradición de la Escuela de Frankfurt, incluso cuando fue él quien más hizo para mantenerla viva después de la muerte de Adorno y Horkheimer.

Pero, como decía antes, estos son sólo los indicios más evidentes y poco sutiles del estado de crisis por el que atraviesa estos días la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt. Hay razones más profundas y menos superficiales para ser escépticos hoy respecto al potencial de esta tradición a la hora de guiarnos en nuestros intentos teórico-sociales de comprender la situación actual de una manera fructífera, tanto desde el punto de vista filosófico como empírico. A continuación, quiero discutir tres desafíos que son el resultado de cambios estructurales en nuestro entorno social e intelectual que hacen cada vez más difícil prever un futuro fructífero, productivo y energizante para la Teoría Crítica en su forma tradicional. Estos tres desafíos son: (1) la creciente conciencia de la perdurabilidad del pasado colonial de las sociedades occidentales, (2) la inequívoca importancia de la cuestión ecológica y, por último, (3) las crecientes incertidumbres sobre el formato exacto y la disposición de la investigación interdisciplinar. Aunque estoy seguro de que existen más dificultades para cualquier intento de reactualizar la Teoría Crítica en la actualidad, me limitaré a estos tres puntos.

(1) No cabe duda de que los principales representantes de la Escuela de Frankfurt operaban desde un horizonte profundamente eurocéntrico. No sólo sus juicios estéticos

y sus preferencias culturales, sino también su pensamiento filosófico y sociológico se basaban en la suposición de que todos los avances en Europa indicarían la dirección que tendrían que tomar las demás regiones del globo para alcanzar ese poquito de libertad y ese pequeño grado de reflexividad que se creía ya alcanzado en la parte europea del mundo. En consecuencia, también las expectativas normativas y las esperanzas que compartían los miembros del Instituto, cuando no estaban dominadas por un pesimismo sobre el presente, se dirigían hacia el objetivo de una liberación de aquellas patologías sociales que parecían ser causadas por el capitalismo occidental y son típicas de él. Esto quizás no sería un problema fundamental como tal, porque la perspectiva normativa probablemente podría abrirse a otras partes afectadas mediante una ampliación radical de su marco de referencia, si no fuera porque todos los conceptos teóricos sociales de la Teoría Crítica se derivan únicamente de las condiciones sociales del capitalismo occidental. Ni en su concepto de “trabajo” ni en el de “dominación”, ni en su noción de “Estado”, “familia” o “sistema de clases” se refleja el hecho de que existían y existen otras variantes de las mismas instituciones que no podían simplemente entenderse como externas al capitalismo occidental, sino que debían tomarse como productos y fabricaciones de su propia expansión colonial. El problema al que se enfrenta la Teoría Crítica hoy en día, en vista de la creciente conciencia de este pasado colonial de Occidente, no es tanto su perspectiva normativa, sino el marco socio-teórico en el que se inserta.

Para reelaborar las categorías sociales empleadas por la Teoría Crítica con el fin de incorporar también las realidades institucionales, se ha creado un colonialismo estatal en otras partes del mundo, lo cual no es una tarea tan fácil como cabría esperar. Todas las categorías sociológicas centrales que la Teoría Crítica había empleado en su teoría social estaban impregnadas, como ya se ha mencionado, de experiencias históricas que sólo podían realizarse en el estrecho contexto de la civilización occidental. El “trabajo” se entendía con Marx como “trabajo asalariado” en contraposición al trabajo esclavo o forzado aparentemente existente mucho antes, el Estado se concebía con Max Weber como una agencia burocrática con monopolio sobre el poder físico que permitiría controlar la integración social dentro de un territorio nacional, la familia se entendía con

Freud como una unidad tripartita en la que el padre tiene autoridad moral sobre su mujer y sus hijos, así como las clases sociales se caracterizaban, siguiendo a Marx, únicamente por su lugar en las relaciones de producción. En ningún momento estas categorías revelaron que en otras regiones no occidentales existían alternativas a estos modelos institucionales que el mismo capitalismo nacional había creado allí a través de sus propios mecanismos económicos y políticos. Para subsanar estos déficits conceptuales y la ceguera teórica, no ayuda en este punto añadir simplemente a los conceptos aplicados hasta ahora algunas características o alternativas institucionales adicionales, como si sólo existieran junto a las anteriores o en paralelo a ellas; una estrategia de ese tipo no sería capaz de articular el hecho de que esas otras variantes institucionales fueron creadas al mismo tiempo que las originales por el mismo sistema económico-político, pero no en interés de la regulación interna y la gobernanza, sino de ampliar el control externo y aumentar la explotación de las personas esclavizadas. Lo que hay que dominar, por tanto, es la creación de un vocabulario teórico-social que ayude a comprender cómo un mismo sistema político-económico fue capaz de establecerse en dos formas institucionales, una al servicio de fines internos utilizando una mezcla de medios liberales y fuerza física, y otra al servicio de fines imperiales utilizando una mezcla de proselitismo espiritual y poder brutal.

Esta tarea de reconfiguración de las categorías sociales aplicadas hasta ahora dentro de la Teoría Crítica necesita además de todo un conjunto de nuevos términos y nociones porque no basta sólo con expresar las realidades institucionales poliédricas que el capitalismo colonial ha creado a lo largo del tiempo en el mundo, sino también con explicar los mecanismos por los que fue capaz de extender su poder en casi todos los nichos del globo. En este sentido, la teoría social tiene que aprender de una historia global que ha desarrollado muchos términos en los últimos años con el objetivo de identificar estos mecanismos de difusión del poder a grandes distancias: nociones como extensión y circulación imperial, redes políticas y concentración de poder, estandarización cultural y universalización de patrones de comportamiento, así como la asimetría espacial de la dominación tendrían que desempeñar un papel central en el marco conceptual de esta teoría social revisada. La pregunta que surge entonces

rápidamente es si una teoría de la sociedad reconfigurada de esta manera seguiría teniendo alguna continuidad con la teoría social de la Escuela de Frankfurt o si sería algo tan diferente y desconocido que sería erróneo utilizar el antiguo nombre para ella.

(2) La situación es similar en lo que respecta al segundo reto que he mencionado antes: la tremenda crisis ecológica en aumento. También aquí podría argumentarse en una primera respuesta que la Teoría Crítica está relativamente bien equipada, al menos en la versión que dieron Adorno y Horkheimer, para hacer frente normativamente a los enormes problemas y dificultades a los que nos enfrentamos hoy en el desastre ecológico. Su idea de una actitud más receptiva hacia la naturaleza y sus alusiones al concepto de una racionalidad mimética, todo ello podría orientarnos hacia el tipo de relación con la naturaleza que se requerirá en el futuro a la hora de cambiar nuestras actitudes instrumentales y detener así la implacable explotación de las energías y los recursos naturales. El problema, sin embargo, es que la posibilidad de tales posturas alternativas hacia la naturaleza no está articulada e incluso ni siquiera tematizada como una dimensión práctica dentro de la teoría social de la Escuela de Frankfurt. Hace unos 40 años, Johann Arnason ya reprochó a Adorno y Horkheimer haber anclado su concepto de una racionalidad alternativa, mimética, de forma tan unilateral en la obra de arte que no habían mostrado ningún interés por las formas prácticas cotidianas de comportamiento no instrumental hacia la naturaleza. Según Arnason, en su teoría social no había cabido la posibilidad de distinguir las prácticas sociales de trabajo sobre la naturaleza en el pasado o en el presente según se relacionaran con el entorno natural de un modo más resonante y comunicativo o de un modo instrumental y manipulador.

Esta brecha conceptual en la teoría social de la Escuela de Frankfurt se ha ampliado incluso con el paso del tiempo. Si se toman los escritos sociológicos de Adorno en el período de posguerra, los estudios teórico-políticos de Neumann y Kirchheimer o la “Teoría de la acción comunicativa” de Habermas, siempre se tiene la impresión de que la concentración en las tareas de integración social y sistémica ha extinguido casi cualquier interés por las cuestiones de la reintegración de la sociedad en su entorno natural. Con esta unilateralidad, sin embargo, la Teoría Crítica difícilmente está en condiciones de proporcionar los medios conceptuales que hoy necesitaría una teoría

social para ubicar y tematizar adecuadamente el desafío ecológico; pues para ello sería necesario que, además de la tarea de integración social e integración sistémica, se incluyera también en el marco conceptual de la teoría social la tarea de integración ecológica. Con este tercer tipo de requisitos funcionales, se hace referencia en estudios recientes sobre el desafío permanente que tienen las sociedades a la hora de integrar los procesos sociales en el entorno natural de tal forma que la continuidad social no se vea amenazada por la sobreexplotación de los recursos naturales. Este giro en la teoría social contemporánea ha dado lugar entretanto a numerosos estudios sobre las diferentes cosmovisiones y ontologías con las que las sociedades han entendido y organizado su relación con el entorno natural en el pasado y en el presente. Hubo culturas que, debido a sus presupuestos ontológicos, tuvieron una actitud más receptiva hacia la naturaleza, tratándola a la par que a los sujetos humanos, así como otras culturas, cuyas ontologías permitían una relación fuertemente instrumental con la naturaleza, la trataron como un mero recurso para el saqueo y la extracción de suministros. Sin embargo, ninguna de estas importantes investigaciones ha sido anticipada ni reflejada en la teoría social de la Escuela de Frankfurt. Para corregir de nuevo esta laguna, se necesita algo más que una rápida adición de esta tercera dimensión de la reproducción de las sociedades. En su lugar, es necesario integrar esta tercera tarea en el marco conceptual de una teoría social crítica de tal manera que la interseccionalidad entre los tres niveles de la reproducción social se vuelva teóricamente comprensible y transparente. ¿Qué tipo de imagen de la naturaleza se supone que aprenden los niños en sus procesos de socialización, cómo nos relacionamos con la naturaleza en nuestras prácticas cotidianas, en la organización de la producción y en las rutinas de la política, y cómo representamos la naturaleza en nuestra autocomprensión cultural y en nuestros vocabularios ontológicos? Sin ser capaz siquiera de plantear cuestiones como éstas a nivel sociológico, ninguna teoría social estará hoy en condiciones de proporcionar el marco conceptual necesario para un análisis crítico de nuestras sociedades actuales. Y la pregunta entonces es la misma que al final del párrafo anterior: ¿puede una teoría social capaz de integrar suficientemente la dimensión de la integración ecológica en su marco conceptual seguir denominándose teoría social de la Escuela de Frankfurt, o no

conduciría al final únicamente a una restricción de la propia creatividad y productividad si se hiciera todo lo posible por permanecer dentro del marco conceptual del ya viejo Gran Hotel de la Teoría Crítica?

(3) El tercer reto, al que me he referido antes, es más difícil de describir porque hay dos acontecimientos relevantes que sólo están vagamente relacionados. Llevar a cabo el tipo de investigación interdisciplinar que fue constitutivo de la Teoría Crítica desde el principio es incomparablemente más difícil hoy que antes, no sólo porque las disciplinas individuales se han vuelto mucho más especializadas, sino también porque entretanto está menos claro qué disciplinas combinar y de qué manera para llevar a cabo una investigación crítica. Cuando Horkheimer formuló por primera vez la exigencia de una investigación interdisciplinaria, las ciencias individuales que debían combinarse para explicar las transformaciones sociales reales eran mucho menos especializadas y disciplinariamente menos cerradas que en nuestros días. La economía aún no era una disciplina totalmente formalizada y cuantificada, el psicoanálisis estaba abierto a la aplicación de categorías sociales debido a su estrecha alianza con el marxismo, el estudio de la cultura de masas, la literatura y el cine estaba mayoritariamente albergado en la sociología porque todavía no era una disciplina propia, y en el derecho se producían acalorados debates sobre los requisitos legales para fomentar la inclusión democrática. Esta situación de apertura disciplinaria y contacto constante entre las disciplinas hizo que fuera relativamente fácil para Horkheimer diseñar un programa de investigación a la luz de sus ideas filosóficas que preveía una estrecha cooperación entre algunas disciplinas seleccionadas con el propósito de investigar la perpetuación de la dominación de clase a través de la interacción funcional entre diferentes esferas sociales. Debido a su proximidad conceptual y superposiciones temáticas, las disciplinas alineadas podían cruzarse sin esfuerzo en aquellos puntos de sus campos de investigación donde los cambios estructurales en una esfera social provocaban ciertas reacciones en otra -donde, por ejemplo, las transformaciones en la organización de la producción capitalista parecían inducir alteraciones en el proceso de socialización del niño. Esta cooperación entre distintas disciplinas fue relativamente fácil de establecer porque coincidían hasta cierto punto en su vocabulario, en sus temas e intereses.

Pero no es sólo la creciente especialización y autoencerramiento de las disciplinas individuales -la sociología se ha vuelto menos filosófica, el psicoanálisis menos sociológico y la economía mucho más matemática y cuantitativa- lo que ha hecho que esta cooperación interdisciplinar sea incomparablemente más difícil que en los tiempos anteriores a principios de la década de 1960. Además de este proceso dentro del sistema científico y de investigación, también se han producido algunas transformaciones dentro de la propia sociedad que han llevado a una creciente perplejidad sobre cómo combinar exactamente qué disciplinas para estudiar críticamente los cambios y conflictos sociales de nuestro tiempo. Esta impotencia teórica no es sólo una cuestión sobre qué disciplinas combinar para obtener una visión empírica del funcionamiento y las rupturas de la sociedad existente, sino también sobre cómo conectar orgánicamente estas disciplinas, de modo que la influencia mutua y la interpenetración entre los distintos sectores sociales salgan a la luz y puedan investigarse de manera productiva. Ambas cuestiones están internamente conectadas de una manera complicada, lo que hace que el diseño de un programa de investigación interdisciplinar sea hoy enormemente difícil.

Si uno decide, por ejemplo, por buenas razones incluir la economía global en el grupo interdisciplinario porque ayuda a entender las asimetrías espaciales de la dominación económica, entonces la siguiente pregunta es cómo conectar internamente los objetos y temas de esta disciplina con los campos de investigación de las otras disciplinas dentro de la cooperación prevista. Si uno cree, por poner otro ejemplo, que internet ha adquirido un papel educativo en la formación de los sujetos individuales, de modo que su funcionamiento exacto debería ser investigado por una disciplina apropiada, entonces la siguiente pregunta que surge inmediatamente es cómo vincular este nuevo campo de investigación con el psicoanálisis, que tradicionalmente era visto como el representante de cualquier investigación sobre la formación de la psique. Pero a partir de aquí surge inmediatamente la cuestión de qué papel debería desempeñar el psicoanálisis en general en un programa de investigación interdisciplinario de este tipo, el de estimular la investigación empírica sobre los cambios en el proceso de socialización, una metateoría casi filosófica de la subjetividad, o un marcador de posición para los impulsos irracionales dentro del sujeto empírico.

Menciono aquí estos problemas sólo para indicar que sería erróneo e incluso intelectualmente irresponsable creer que el programa interdisciplinario que Horkheimer había diseñado para un análisis crítico de las sociedades capitalistas puede adoptarse hoy sin cambios profundos y revisiones radicales, dadas las muchas transformaciones en la socialización individual, las estructuras económicas y la dominación social por las que ha pasado el capitalismo en los últimos 100 años. El diseño del programa de investigación interdisciplinar de la Teoría Crítica necesita, en la misma medida que el marco conceptual de su teoría social, una revisión, adaptación y ajuste radical. Por lo tanto, la pregunta es, como antes, si el resultado de una revisión tan exhaustiva y de una reelaboración fundamental será al final lo suficientemente similar al original como para que se le dé el nombre de Escuela de Frankfurt. ¿No podría ser, por decirlo de otra manera, que el intento de permanecer teóricamente en continuidad con la vieja tradición conduzca al final a una restricción de la propia productividad y creatividad intelectual?

Para ser claro, no estoy proponiendo abandonar la idea central, de izquierda hegeliana, de la Escuela de Frankfurt de verse a sí misma como la conciencia reflexiva de los esfuerzos actuales de emancipación y contribuir a su avance y éxito a través de sus propios análisis críticos. A fortiori, no quiero abandonar la idea de que un análisis crítico de este tipo está mejor servido por un programa de investigación interdisciplinario, que apunte a una investigación de los mecanismos intersectoriales de la dominación social y de las posibles condiciones de su superación mediante la vinculación orgánica de varias disciplinas aptas para este fin. Mis preocupaciones, sin embargo, se dirigen a la teoría social específica que la Escuela de Frankfurt pretendió mantener uniendo todas estas diversas reivindicaciones y objetivos. Si esta teoría social ya no se corresponde con las nuevas condiciones económicas y sociales, si por tanto está obsoleta, entonces puede que nos enfrentemos al gran reto de recomponer las piezas individuales del puzzle de la Teoría Crítica. Para resolver esta difícil tarea, nos iría mucho mejor si dejáramos de preguntarnos constantemente si seguimos estando de acuerdo con las viejas figuras paternas y, en su lugar, abrazáramos todas las propuestas e ideas teóricas que nos rodean hoy en día e intentáramos descodificar críticamente nuestro

mundo social, ya sea mediante estudios sobre las injusticias epistémicas, la ontología social e incluso sobre cómo se mantienen las ideologías no mediante el pensamiento consciente, sino mediante prácticas rutinarias. Todas estas nuevas ideas innovadoras no encajan fácilmente en el marco teórico social de la Escuela de Frankfurt. Para hacer un uso productivo de ellas, es necesario romper de forma decisiva con lo que hemos aprendido de sus primeros defensores. Debemos seguir la Teoría Crítica clásica en su espíritu, pero desde luego ya no al pie de la letra.